

ALAN GOLD

LA
REINA
DEL
DESIERTO

boveda

Título original: *Bell of the Desert*

Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2017

© 2014 Skyhorse Publishing, Inc.

All rights reserved. Published by arrangement with Skyhorse Publishing Inc.

© traducción: Valentina Reyes, 2017

© de esta edición: Algaida, 2017

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-16691-38-8

Depósito legal: SE. 142-2017

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

UNO	11
DOS	47
TRES	72
CUATRO	120
CINCO	140
SEIS	175
SIETE	206
OCHO	240
NUEVE	277
DIEZ	307
ONCE	338
DOCE	363
TRECE	403
CATORCE	433
QUINCE	461
DIECISÉIS	485

DIECISIETE	514
DIECIOCHO	538
DIECINUEVE	559
EPÍLOGO	566
AGRADECIMIENTOS	575

Este libro está dedicado a todas las mujeres increíbles, excepcionales y brillantes del pasado a las que se ha desdeñado, descartado y borrado de los anales de la historia sólo porque los hombres se encargaron de anotar los datos.

UNO

Bagdad, abril de 2003

AL PRINCIPIO FUE LA CONMOCIÓN Y EL PAVOR. EL PRESIDENTE norteamericano prometió al mundo la mayor exhibición de fuegos artificiales de la historia humana, una mínima cantidad de bajas civiles y un breve, pero despiadado, combate con la guardia de la República de Irak. La misión era eliminar las armas de destrucción masiva y sustituir a un dictador genocida y a sus sádicos hijos por un gobierno popular iraquí democráticamente elegido, para el pueblo y por el pueblo.

Al principio todo marchó bien. Las tropas norteamericanas no encontraban resistencia en el cacareado ejército de un millón de hombres de Sadam. Los pilotos de los B52 cruzaban el aire libremente por encima de las ciudades y pueblos de Irak, lanzando bombas guiadas por láser sobre llamativos palacios y edificios gubernamentales, y destruyendo en segundos el desmesurado orgullo de un dictador cuyas construcciones habían simbolizado durante decenios el sufrimiento de su pueblo. Los Tomahawk y los misiles de crucero, los F-14 Tomcat y los F/A-18 Hornet pasaban chillando sobre las masas

aterrorizadas, y sobrevolaban, veloces, ríos y desiertos: metálicas aves de presa en los antiguos cielos iraquíes.

Y cuando el aire volvió a quedar silencioso, limpio y en calma, docenas de tanques Abrams de setenta toneladas empezaron a avanzar hacia Bagdad, sacudiendo el polvo que desde tiempo inmemorial cubría los monumentos ancestrales. El ejército iraquí de un millón de hombres desapareció como una tormenta de arena en el tiempo que se tardaba en cambiar de canal de televisión. Todo el mundo vio con asombro cómo los enormes tanques, once máquinas de guerra, se convertían en elefantes que derribaban las ostentosas estatuas del gran dictador. El coloso de Bagdad había dejado de existir.

Al principio los iraquíes dieron la bienvenida a los norteamericanos. En las calles, bailaban sobre los retratos de Sadam que antes habían adornado laterales enteros de edificios. Los rompían con las uñas, y los pintarrajeaban y mutilaban hasta convencerse de haber humillado al hombre a quien tantos odiaban y temían. Daban saltos encima de sus imágenes y escupían a sus estatuas. Las golpeaban con mazos y martillos, y les disparaban con fusiles y ametralladoras. Lo buscaban por todos lados, a él y a sus desquiciados hijos, para desahogar su cólera.

Y luego donde antes había reinado el furor de la guerra cayó el silencio, cuando empezó a circular la noticia de que Sadam y toda la estructura de mando encargada de la represión y el mal habían desaparecido de sus búnkeres, y de que ya nadie mandaba en Irak. Como tantas cosas de la historia antigua de aquella nación, Sadam se había escondido bajo tierra, y haría falta que los extranjeros volvieran a sacarlo.

Los cantos, los bailes y los besos no tardaron en ser reemplazados por una incontenible codicia cuando empezó el saqueo. Tiendas, fábricas y almacenes fueron despojados por un pueblo liberado de repente de las cadenas de la tiranía, al

que ya no aterrORIZaban la policía secreta de Sadam, su ejército y sus cámaras de tortura.

Un inmenso edificio dedicado al pasado del país acabó vaciado con un sentido de la perversidad casi maníaco. Era el Museo Nacional de Irak. Albergaba algunas de las mejores colecciones de antigüedades del mundo, que incluso se remontaban a más de cinco mil años atrás, y funcionaba de forma conjunta con el Museo Británico hasta en los tiempos más agobiantes de Sadam.

El teniente Michael Jenning Rourke condujo a los veinte hombres que componían su patrulla de reconocimiento por las orillas occidentales del río Tigris, cerca de la muralla de la Ciudad Vieja. Seguían a los tanques que despejaban el camino y se aseguraban de que ningún nido de ametralladoras planteara problemas a las tropas.

Ante ellos aparecieron los muros del recinto que albergaba el Museo Nacional Iraquí. Desde lejos parecía haber animales correteando de acá para allá en una madriguera, pero al acercarse más a sus soldados el teniente Rourke vio que hombres y niños pululaban por el recinto, y se llevaban jarrones de mérito incalculable, estatuas, cerámica, ídolos y otros objetos de inestimable valor. Disparó al aire una descarga de M16 para ahuyentarlos. Cuando él y sus hombres entraron en el destrozado museo, éste ya estaba vacío. No quedaban ni los saqueadores de la ciudad ni los bienes más preciados del país, objetos muy valiosos de los albores de la civilización más antigua de la humanidad nacida en Mesopotamia, la tierra que se extendía entre los ríos Tigris y Eúfrates.

El teniente Rourke dio unas escuetas órdenes a sus hombres para que registraran el edificio, al tiempo que los advertía del peligro de los francotiradores que tal vez estuvieran escondidos en las terrazas y en las alturas superiores.

Por todas partes había polvo y trozos de vidrio, producto de los daños colaterales que habían provocado los bombardeos norteamericanos en los primeros días de la batalla de Bagdad y, también, del saqueo posterior, cuando los iraquíes decidieron que querían beneficiarse de la guerra. Habían cogido hasta la última vitrina, hasta el último objeto, hasta el último ídolo, estatua, estela y friso que antes convertía aquel lugar en uno de los mayores monumentos al genio más antiguo de la humanidad. No quedaba más que polvo y destrucción. Rourke meneó la cabeza, indignado. Se había especializado en Historia en la Universidad de Syracuse, y tenía una idea bastante clara de lo que debería haber habido allí: una colección reunida durante más de cien años por arqueólogos de todo el mundo, que habían acudido a la cuna de la civilización con el fin de revelar la memoria de aquella gente que por primera vez había enseñado a la humanidad a escribir, a representar datos y a contar mitos para explicar los fenómenos naturales que gobernaban sus vidas.

Oyó que lo llamaban. Al darse la vuelta vio a uno de sus soldados más jóvenes, un crío negro y descarado de Harlem que no tendría más de diecisiete años. Dwayne o Duanne o algo así.

—¿Qué pasa? —gritó.

—Por allá, señor. *S'han dejao* una cosa.

Michael Rourke se acercó, mientras sus botas militares hacían crujir el cristal y la madera astillada. Acompañó al joven soldado, y juntos miraron el busto de mármol de una mujer de aspecto severo, con el pelo recogido en un tirante moño. A juzgar por el escote del vestido, estaba claro que no era antigua, sino de una época muy posterior. Probablemente victoriana o de principios del siglo XX.

—No han *dejao na* más que una cosa. La hijaputa no valdrá *na*, ¿no? ¿Sabe *usté* lo que es? —preguntó el soldado.



Michael hizo un gesto negativo. No tenía ni idea de por qué aquello era lo único que no se habían llevado. Limpió la inscripción con los dedos y luego sopló el polvo que ocultaba la dedicatoria grabada. Estaba en árabe y en inglés. Decía:

*Gertrude Bell. Mujer de Irak.
Primera directora del Museo Nacional.
Obsequio de un Rey y un Pueblo agradecidos.*

—¿Y ésta quién es? —preguntó el soldado.

Michael miró atentamente a la mujer de mediana edad. Nunca había oído hablar de ella. Y tampoco tenía tiempo de pensar. Debía tomar el edificio antes de que sus hombres siguieran avanzando.

Se volvió hacia el joven soldado. «Ni idea», contestó, y se adentró más por entre los cascotes.

Cuando todo esto terminara, se dijo, a lo mejor buscaba a Gertrude Bell en Google e intentaba averiguar algo sobre ella. A lo mejor era alguien interesante...



Castillo de Windsor, octubre de 1888

Con gesto nervioso, la joven que estaba delante de Gertrude en la cola se retocaba y volvía a retocarse los rizos que le caían en cascada por debajo del hombro y por el canesú del blanco e impecable vestido de baile. El reluciente cabello negro ocultaba en parte las perlas que llevaban engastadas el delicado bordado irlandés de seda y el encaje de organza que cubrían el escote del vestido. El padre de la muchacha, el rollizo y pre-



suntuoso duque de Rawlthone, cuya voz campanuda sonaba extrañamente amortiguada para la ocasión, se encontraba junto a su hija, y le susurró al oído que se quedara quieta de una vez. La joven obedeció enseguida la orden paterna y se movió en procesión con la larga hilera de debutantes, meticulosamente colocadas, cuando dieron un solo paso hacia delante para avanzar hacia la sala del trono; allí cada candidata haría una reverencia ante la reina Victoria.

Hugh, el padre de Gertrude, echó una ojeada a su hija. A diferencia de las demás, que apenas si contenían su temor por acercarse a Victoria, Gertrude miraba tranquilamente a su alrededor observando su estructura abovedada, las obras maestras de Gainsborough, Van Dyck y Reynolds que colgaban en las paredes, y la magnificencia de los príncipes y princesas, duques y duquesas, y marqueses y marquesas que se apiñaban en la inmensa sala para estudiar el último contingente de jóvenes casaderas de la nobleza, a punto de ser soltadas en el mercado matrimonial.

A Hugh nunca dejaba de sorprenderlo la capacidad de su maravillosa hija para hacerse cargo de cualquier situación en la que se encontrara. Desde la infancia, siempre había parecido más adulta que niña. Era a la vez hermana y madre de su hermano menor, Maurice. Cuando Hugh volvió a casarse tras la muerte de su amada Mary, Gertrude aceptó de buena gana a Florence como madrastra, e hizo todo lo posible para ser una estupenda hija.

Gertrude había sido una de las primeras estudiantes que fue a Oxford, donde se negó a dejar que la acobardaran el machismo y las intimidaciones de los jóvenes o el desdén de los apolillados profesores. De hecho, se graduó en Historia con sobresaliente tan sólo en dos años, algo que suponía una especie de récord universitario, según le dijeron a su padre. Y aho-



ra, justo cuando estaba a punto de entrar en sociedad con su presentación a Victoria, reina de Inglaterra, de sus colonias y de su imperio, Gertrude se limitaba a estar allí, alta y regia, con el llamear de su cabello castaño rojizo, aunque más fresca que una lechuga, como si fueran a presentarle al nuevo párroco. ¡Era asombroso!

—¿No estás ni un poco amedrentada siquiera? —le susurró Hugh.

—¿Amedrentada? ¿Por qué? —preguntó Gertrude en voz baja.

—Estás a punto de conocer a la reina de Inglaterra —dijo él. Ella no contestó, sino que se limitó a mirarlo con extrañeza.

—Tú pareces más nervioso que yo.

Su padre meneó la cabeza.

—Demasiado Oxford, nenita. Ése es tu problema.

Gertrude se volvió hacia él y frunció el ceño.

—Pues, la verdad, estas otras chicas necesitan un poco de Oxford para tener más temple.

Antes de que su padre pudiera contestar, la estentórea voz del chambelán de la reina gritó:

—Majestad, permitidme anunciar la presencia de Su Excelencia el Duque de Ralwthone, que se acerca a vuestro trono para presentaros a su hija, la Honorable Eugenia.

Gertrude vio que el ostentoso caballero agarraba el brazo de su hija y casi tiraba de ella hacia delante, mientras las temblonas piernas de la muchacha conseguían recorrer a duras penas el largo tramo que la separaba de la reina, pasando por delante de los centenares de nobles ataviados con sus maravillosos vestidos largos y sus casacas. Siguió observando. Padre e hija se acercaron al pie del trono y la joven Eugenia realizó una perfecta reverencia, una genuflexión ante la reina, al

tiempo que el duque hacía una profunda inclinación desde la cintura. Sólo cuando Victoria saludó con la cabeza, sonrió y levantó un poquito la mano izquierda, se enderezó el padre y se alzó la hija. Después, sin decir palabra, y tras la correspondiente indicación del chambelán (un mínimo y desdeñoso movimiento del dedo), su turno ante la realeza terminó. Con aire vacilante, ambos retrocedieron hacia la multitud de aristócratas, sin cometer ni una sola vez el máximo yerro social de darle la espalda a la reina.



El chambelán de la reina echó una ojeada al padre y a la hija que ahora encabezaban la cola y esperaban al final del pasillo autorización para entrar. Miró la lista y pareció hacer un gesto despectivo al darse cuenta de que el siguiente solicitante que presentaba a su hija en sociedad no era un príncipe ni un duque, ni siquiera un lord, sino un simple *honorable*, un industrial procedente del norte del país.

Recalcando la falta de título de Hugh para asegurar la humillación de aquel hombre frente a los nobles reunidos ante la monarca, el chambelán dijo:

—Majestad, permitidme anunciar la presencia del Honorable Hugh Lowthian Bell, que se acerca a vuestro trono para presentar ante vos a su hija Gertrude.

Gertrude se dirigió hacia el trono un paso por delante de su padre. Durante el día entero había recibido estrictas instrucciones de toda una serie de damas de honor, e hizo una profunda reverencia al tiempo que su padre se inclinaba en un respetuoso saludo a Victoria. Mientras estaba cerca del pulido suelo de roble, Gertrude miró de reojo el vestido de la reina.



Era de la habitual seda color negro riguroso que ésta usaba, porque seguía de luto por su amado Alberto, muerto veintisiete años antes, pero llevaba perlas cosidas en el bajo: un indicio de que Victoria ya aceptaba un poco de adorno, un poco de alivio de la carga de su pesar.

Al echar una nueva miradita furtiva (esta vez hacia arriba, desoyendo todas las enseñanzas de las damas de honor), Gertrude vio que Victoria le susurraba algo al chambelán, y que éste escudriñaba con frenesí sus notas con el fin de responderle. Pero al final él negó con la cabeza, contestó en un murmullo y tras hacer una profunda inclinación, se retiró.

Victoria tenía una voz grave y áspera, pero al instante hizo callar el sordo charloteo de la sala de audiencias, porque la reina rara vez hablaba durante las presentaciones en sociedad y, en caso de hacerlo, únicamente con la hija de un duque o alguien de mayor categoría a quien conociera personalmente. Presintiendo que algo extraordinario estaba a punto de ocurrir, los nobles escucharon cada vez más expectantes.

—Usted es la muchacha que acaba de salir de la Universidad de Oxford, ¿verdad? —preguntó Victoria.

Al instante Gertrude se levantó para responderle. Se oyó un grito ahogado ante la inaudita insolencia de aquel hecho, que tiraba por la ventana siglos de protocolo. Nadie, absolutamente nadie, y menos una jovencita que se presentaba en sociedad, se ponía nunca en pie antes de que la reina hubiera dicho «álzate», y nunca entablaba conversación como si fuera alguien de su círculo.

—Sí, Majestad. Me licencié en Historia. Uno de los pocos títulos que se permite cursar a las mujeres.

—¿Y qué tal le fue? Me han dicho que era usted una de las primeras chicas en estudiar allí.

—Fue muy agradable, gracias, Majestad. Y todo un reto.

—¿Y qué parte de la historia estudió?

Gertrude sonrió.

—Pues, Majestad, estudié la historia de vuestra familia, desde el tiempo en que vuestros antepasados estaban en Hannover hasta vuestro difunto tío Guillermo.

Victoria asintió con la cabeza y ocultó su sonrisa. La multitud de aristócratas reunidos en la sala apenas daba crédito a lo que oía, en particular cuando Victoria prosiguió la conversación.

—Ah, sí, los cuatro reyes Jorge. ¿Y qué faceta de sus vidas le pareció especialmente interesante?

—Bueno, vivieron una época sumamente fascinante de la historia de Gran Bretaña, pero lo que encontré apasionante de veras fueron las relaciones entre el monarca y el heredero al trono. Nunca acabé de comprender por qué había un odio tan enconado entre padre e hijo. Qué relación tan desdichada. No es demasiado extraño que haya celos entre el monarca y el sucesor, después de todo la historia británica está llena de casos así, pero vuestros antepasados recientes...

Gertrude sintió un fuerte pellizco en el hombro cuando Hugh trató de impedirle que hablara. Pero en contra de lo que todos los estupefactos presentes esperaban, la reina sonrió y dijo:

—Tendremos que renunciar a esta conversación, querida, pues tengo muchas jóvenes a las que recibir. Y no acaba de estar usted en lo cierto respecto a todos mis predecesores: yo estaba muy unida a mi querido y difunto tío, el rey Guillermo. Quizá, señorita Bell, nos veamos después de estos trámites para compartir una taza de té, y entonces me contará usted más cosas que haya aprendido sobre mis antepasados.

Hugh repitió su inclinación, Gertrude volvió a hacer una reverencia, y ambos retrocedieron hasta donde estaban



los nobles. Cuando la multitud los absorbió y los aisló del trono, Gertrude miró a su padre y dijo en voz baja:

—Bueno, parece que ha ido bastante bien, ¿verdad?

Pálido, su padre respondió en tono crispado:

—Yo... Cómo pude... No debiste... No se puede mostrar tanta familiaridad con la reina. Después de todo, es la reina...

Gertrude frunció el ceño y contestó:

—Papá, no estaba mostrando familiaridad: la reina me daba conversación.

—Sólo estaba siendo cortés.

—Y yo estaba siendo cortés. Y, además, ella no tiene razón del todo. ¿Sabes?, aunque sí que estaba unida a su tío, Guillermo odiaba a la madre de Victoria, la princesa de Sajonia-Coburgo, y si los rumores son ciertos, la expulsó de su palacio, y también se cuenta que la regañaba continuamente siempre que estaban en público por la forma en que apartaba a Victoria de él. Una vez que él murió, la madre de Victoria quiso gobernar como corregente con su amante. Lo increíble es que la enfermedad hanoveriana de que la prole odie a sus padres parece continuar hasta hoy. Se dice que Victoria aborrece a su hijo, el príncipe de Gales, y lo culpa de la muerte de Alberto.

Horrorizado ante la posibilidad de que alguien la oyera, Hugh replicó:

—¡Silencio, niña! Éste no es un lugar apropiado, ni tampoco es uno de tus seminarios de la universidad. Y yo soy tu padre, no...

—Pero es verdad y es la comidilla de Londres, y por eso hasta el día de hoy el príncipe tiene tan poca relación con el palacio. Por lo visto, cuando era joven Eduardo se comportaba fatal, y el príncipe Alberto se vio obligado a cabalgar, toda una noche y en pleno invierno, para rescatarlo de un escándalo.

lo que podría haber perjudicado a la Corona. De resultas de ello, se resfrió y murió de fiebre tifoidea. Victoria no ha perdonado a Eduardo. Aunque no creo que deba sacar ese tema cuando tome el té con la reina. Tal vez se disgustara.

—Gertrude —susurró Hugh, cada vez más irritado con el desbordante entusiasmo de su hija—, quizá tengas razón objetivamente, pero estás siendo inadecuada en el trato social. Para todo hay un momento y un lugar, y éstos no son ni lo uno ni lo otro. Acabas de ser presentada en sociedad. Esto es un baile. La tradición es que la reina se marche antes de que comience la música. No va a sentarse contigo a charlar. Sólo te hizo un comentario de pasada. Y sólo Dios sabe qué le habrás hecho a la reputación de la familia al ponerte a hablar con ella de forma tan directa y en ese tono, dando lecciones de moral, en particular cuando las damas de honor te ordenaron expresamente que te limitaras a decir «sí, Señora» y «no, Señora» en el muy improbable caso de que Su Majestad se dignara a hablar contigo.

Antes de que ella pudiera contestar, la multitud que los rodeaba se apartó cuando un hombre alto y corpulento, con bigote y una gran barba, cargado de condecoraciones y vestido con levita, se dirigió hacia ellos. Hugh intentó permanecer tranquilo, aunque enseguida lo reconoció.

—Lord Salisbury, señor primer ministro, qué gran honor —dijo.

—Señor Bell, señorita Bell. ¿Cómo están? Señorita Bell, no pude evitar oír que había estudiado usted Historia allá en Oxford. Como tal vez sepa, la historia es una de las pocas distracciones que me alivian de las responsabilidades de mi cargo. Me pregunto si le apetecería tomar el té conmigo mañana en Downing Street. Parece usted una joven interesante, y valoraría muchísimo la opinión de alguien de su tierna edad en



relación con ese movimiento que está decidido a concederles el voto a las mujeres. ¿Le parece bien a las cuatro?

Dicho esto, Lord Salisbury dio media vuelta y se marchó. Ahora quien se quedó estupefacta fue Gertrude. Qué torbellino de experiencias había vivido desde que se licenció con matrícula de honor a principios de año. Suponía que los bailes de puesta de largo en la temporada social serían la justa recompensa al duro trabajo que había supuesto estudiar y hacer los exámenes de fin de carrera un año antes que todos sus amigos, pero tomar el té con el primer ministro de Inglaterra era algo..., bueno, a Gertrude no se le ocurría mejor calificativo que extraordinario.

Tras finalizar la presentación a la reina, ella y Hugh habían permanecido dentro de una burbuja. Los nobles no querían acercarse demasiado a ellos por si de pronto el imperdonable fallo de protocolo de Gertrude había convertido a los Bell en parias sociales, inaceptables en las casas británicas. Pero ahora que el marqués de Salisbury, el primer ministro de Inglaterra, no sólo los había saludado, sino que los había invitado a tomar el té en Downing Street, quedaba claro que eran celebridades, y, como si recibieran las olas que rompen en una orilla, de repente Hugh y Gertrude se vieron desbordados de apretones de mano, presentaciones e invitaciones.

La multitud de admiradores volvió a apartarse de prisa cuando el arrogante chambelán de Victoria se acercó, saludó con una pequeña inclinación de cabeza a Hugh, sonrió a Gertrude y dijo:

—Señorita Bell, señor Bell, Su Majestad pregunta si les gustaría acompañarla a sus aposentos privados, antes de que comience el baile, para tomar el té con ella.



La Honorable Eugenia Mary Louise, hija del duque de Rawlthorne, echó un vistazo adonde la concurrencia se había congregado alrededor de Gertrude y vio que ésta iba detrás del chambelán de Su Majestad hacia el fondo de la sala de audiencias. No comprendía cómo podía pasar eso cuando aquella Gertrude ni siquiera tenía título nobiliario. Irritada por todo el alboroto que reinaba al otro lado de la sala, Eugenia frunció el ceño. Y se preguntó por qué su padre no hacía algo así por ella.



Bucarest, Rumanía, dos años después

Gertrude Bell era una niña al volver de Oxford, pero sabía con seguridad que Bucarest la convertiría en mujer. En Oxford había sido un ratón de biblioteca, altiva y de insaciable voracidad intelectual, pero desde su regreso, y en particular desde su fiesta de puesta de largo y tras las dos temporadas de bailes (dos años de reuniones sociales mortalmente aburridas e innumerables cenas, a cuál más tediosa y con invitados cargantes), donde había hecho todo lo posible por atraer a algún joven para que fuera su marido, ahora se encontraba desilusionada y frustrada.

Sabía que resultaba sorprendente. Su estatura, su cuerpo esbelto y atlético y su mata de cabello pelirrojo hacían que destacara entre todas las demás jóvenes debutantes, desesperadas por atrapar al segundo hijo de algún duque o barón. Algunas chicas hasta aspiraban a tener un romance con el hijo de un príncipe y se esforzaban por pavonearse siempre que un principillo se acercaba por casualidad.



A Gertrude no tardaron en aburrirla semejantes tonterías, y buscó otros medios de distraerse; sobre todo, asuntos relacionados con libros o, cuando estaba en la casa de la ciudad, organizando conversaciones con londinenses que fueran líderes en los campos de la política, el arte, la ciencia o la diplomacia.

Los jóvenes que conocía en los bailes de puesta de largo parecían perder interés por ella tras el primer encuentro, posiblemente (o más bien con toda seguridad) porque Gertrude no ocultaba su desdén cuando no querían hablar de los temas que a ella le agradaban. A veces pensaba que incluso era atractiva, no sólo porque el espejo se lo aseguraba, sino también porque al principio los chicos se apiñaban a su alrededor. Pero cuando intentaba encontrar un tema de conversación de interés común, ellos tendían a apartarse poco a poco, atraídos por cualquier otra de las docenas de muchachas bonitas que, al igual que Gertrude, procuraban no acabar convertidas en solteronas a los veintidós años.

A diferencia de sus amigas, el atrapar marido le había resultado mucho más difícil de lo que la alta sociedad hacía creer, pese a haber sido debutante ante la reina y haber asistido a una docena de bailes, y al doble de fiestas. En los dos largos y fútiles años que mediaban entre Oxford y Bucarest, años en los que se había dado cuenta de que su intelecto era un estorbo en el mercado matrimonial, había crecido en edad y estatura, pero su crecimiento intelectual y social se había producido con su padre y los amigos de éste, y no con un joven a su lado. Deseaba con toda su alma que la temporada diplomática que iba a pasar con su tío Frank Lascelles le levantara la moral y que, quizá, la llevara a encontrar marido.



Después de verla más y más desanimada al final de cada baile y de cada fiesta, su padre esperaba que Rumanía fuera un lugar adecuado para que Gertrude aprendiera el arte de la diplomacia, un don del que, lamentablemente carecía. Era una chica que convertía el diálogo en conversación dinámica, la conversación enérgica en acalorado debate, y el debate en una violenta discusión que había que ganar basándose en la superioridad de conocimientos, sin plantearse cómo eso afectaría al joven que intentaba causar buena impresión.

Hugh había perdido la cuenta de la cantidad de hijos adecuados de la nobleza, algunos guapos y procedentes de familias de solera, a los que, sin reparar en ello, Gertrude había conseguido desmoronar entre la pista de baile y el bufé mostrando su evidente desdén por las historias que le contaban sobre la caza o las vacaciones. En vez de seguirles la corriente, procuraba hablar de algún misterioso asunto político del que a menudo los muchachos no tenían la más remota idea. No pretendía ser arrogante ni grosera, aunque ésa era la impresión que, por lo visto, daba, pero se había ganado la poco envidiable fama de ser vanidosa, altanera y presumida. En cambio, con los hombres de más edad, a quienes su compañía les parecía encantadora y tonificante, no era ninguna de estas cosas. La mayoría de ellos recibía con agrado el que Gertrude pusiera en duda sus puntos de vista tradicionales con la voz de su juventud.

Hugh le había suplicado que disimulara su inteligencia y moderara sus muestras de saber, al menos hasta estar casada; luego podría hacer lo que quisiera. Hasta que fuera camino del altar, su padre le aconsejaba plegarse a las aficiones de los muchachos por la vida campestre o por la pesca o el deporte, y hacer como que le interesaban sus relatos de travesuras festivas, como robar cascos de policías cuando se alborotaban, ebrios,



después de una fiesta. Pero Gertrude sólo era fiel a sí misma, y le respondía que era incapaz de fingir que le impresionaban lo que llamaba «sus absurdas trastadas infantiles y su absoluta falta de interés por nada que no fuesen ellos mismos». Y, de ese modo, seguía sin marido mientras avanzaba despacio hacia el altar... como dama de honor en un creciente número de bodas de sus amigas. Bucarest, convino Hugh, era un sitio ideal al que mandarla; allí le haría de carabina su cuñado Frank Lascelles, hermano de su esposa y enviado de Gran Bretaña en Rumanía.

Padre e hija se despidieron con un beso, rodeados del humo asfixiante de la Gare de l'Est de París, y mientras Hugh volvía por el andén, Gertrude derramó una lágrima cuando el tren comenzó el viaje de mil doscientas millas de París a Estrasburgo, que continuaría después hasta Viena, Budapest, Belgrado y, por último, Bucarest. Tras la inútil y frustrante estancia en Londres, esperaba con ilusión pasar tiempo en el círculo del embajador. Allí conocería a hombres de talla y con mucho mundo, siempre que su tía no insistiera en que se sentara con las mujeres para hablar de moda, de comida y del servicio doméstico.

¿Por qué no encontraba a nadie dispuesto a casarse con ella? De vez en cuando Gertrude había disfrutado de una aventura romántica: huir de la sala de baile a la escalera trasera, el mejor lugar para besar a un chico, reír y divertirse. Pero con más frecuencia la rutina consistía en que después de la presentación inicial, la anotación en el carné de baile y el despliegue de varios temas de conversación para encontrar un punto común, por regla general el chico se limitaba a sonreír, la complacía con un solo baile y luego buscaba un pretexto para volver con su grupo. ¿Qué tenía ella que convertía el interés inicial de los jóvenes en torpe indiferencia? ¿Qué era lo que les hacía buscar el alivio de la distancia? Gertrude sabía

que iba ganándose fama de mustia marisabidilla, aunque, por lo visto, sólo era así con los jóvenes. A los hermanos mayores y a los padres les parecía encantadora, aunque a menudo las madres la encontraban extraña y distinta. Pero Gertrude no podía, ni quería, camuflar su inteligencia y fingir una inclinación que no sentía. Había estudiado muy duro en Oxford, había aprendido mucho, y lo único que quería era encontrar a alguien cuya mente fuera al menos igual, si no mucho mejor, que la suya.

Hasta las cenas adonde la invitaban habían resultado ser, sin excepción, aburridísimas, sobre todo porque la colocaban al extremo de la mesa reservado para los hijos e hijas de los invitados. Sabía que llamaba la atención de los asistentes con su lustrosa cascada de rizos pelirrojos y sus penetrantes ojos verdiazules, y sabía de su elegancia en el vestir, pues su hermosa ropa procedía de las mejores modistas de París; además, siempre se enorgullecía de lucir las preciosas joyas de su difunta madre. Pero cuando se sentaba a la mesa, los hombres y las mujeres de más edad empezaban a hablar de temas interesantes y ella se moría por intervenir en la conversación, mientras que los chicos y chicas que la rodeaban bromeaban y reían por las cosas más tontas, como volcar los saleros o lanzarse comida a escondidas.

No soportaba su fama de ser chapada a la antigua, alguien que sólo hablaba de asuntos como ciencia, historia y política, pero ¿qué podía hacer? ¿Cómo podía cambiar? ¿Y por qué debía cambiar? Con un poco de suerte, en la embajada del tío Frank encontraría a algunos jóvenes diplomáticos británicos solteros con quienes sentir camaradería.

Miró por las ventanillas mientras el tren cobraba velocidad al atravesar los suburbios del este de París. Los libros que había leído sobre Bucarest decían que era un lugar de encuen-



tro entre Oriente y Occidente, el punto de contacto más próximo entre Europa y el Imperio otomano. Sin duda era el tipo de aventura para el que ella había nacido. De pronto los muchachos y sus burlas pueriles ya no le parecían importantes. Se puso cómoda y cogió un periódico, y entonces se dio cuenta de que estaba sonriendo.



—¡Eso le dijiste al primer ministro! —exclamó Frank Lascelles, farfullando mientras tomaba su taza de café de primera hora de la mañana—. ¿Y cómo reaccionó el bueno de Salisbury? Debió de quedarse completamente perplejo.

—Bueno —contestó Gertrude—, tan sólo dije que no creía que hubiera que darles el voto a las mujeres, con independencia de lo que fueran a hacer colonias como Nueva Zelanda.

De pronto su pelo se encendió de rojo cuando los horizontales rayos del sol naciente entraron por las ventanas y le iluminaron el rostro. Ella, su tío Frank, Mary, la hermana de su madrastra, y el hijo de éstos, Billy, estaban sentados en la galería mientras el sol salía por encima del lejano mar Negro. Era su segunda mañana en Bucarest, y la familia se había levantado temprano para ir a caballo hacia el norte, fuera de la ciudad, hasta las estribaciones de los magníficos Cárpatos, donde pasarían una semana paseando, charlando y descansando.

Pero al ver que Mary la miraba con curiosidad, sorprendida de que una joven como ella estuviera en contra de una medida que aseguraría la elevación de su sexo, Gertrude explicó:

—Mirad, se trata sencillamente de esto: le dije a Su Señoría que, si bien debería permitirse que todo el mundo votara



los gobiernos, sólo debía ser a condición de que comprendieran las graves consecuencias que están en juego en unas elecciones generales; y, por desgracia, ahí es donde la mayoría de las británicas quedan incapacitadas *de facto*. Yo estoy en contra de toda esa tontería de las sufragistas. A un hombre que no supiera a quién votaba no se le concedería el voto, ¿no es verdad? Sólo el alcanzar determinada edad y ser dueño de propiedades no debería cualificar a nadie para votar un gobierno y participar en una democracia. Sinceramente, y aunque detesto criticar al bueno de Pericles el ateniense, tengo serias dudas sobre los propios fundamentos de un igualitarismo ganado sin méritos.

»Así que le dije al primer ministro que mientras las mujeres sean esclavas de las exigencias de sus maridos en el dormitorio y estén atadas al fregadero de la trascocina, no se puede considerar que tengan conciencia plena de las políticas que presentan los partidos al pedir el voto para gobernar. De verdad que no entiendo por qué se quedó tan espantado.

Frank soltó una risa alegre, en tanto que Mary decía con dulzura:

—Querida, el primer ministro se ajusta al ilustre y antiguo molde conservador. No soporta la idea de un cambio electoral. Rechazó la ley del señor Disraeli que concedía el voto a los hombres de la clase trabajadora, y la posibilidad de que las mujeres voten le parece odiosa. El motivo por el que os invitó a ti y a tu querido padre a Downing Street fue para averiguar qué pensaban los jóvenes y buscar después un argumento compensatorio. Ahora casi seguro que le has vuelto del revés su plan. Conociéndolo, dudo de que sepa qué pensar.

En ese momento el mayordomo tosió bajito, entró en la galería y le entregó a Sir Frank el correo de la mañana en una bandeja de plata. Frank echó una rápida ojeada a las cartas,



vio que no había nada que precisara de la atención del enviado británico e hizo un gesto con la cabeza al mayordomo, una orden para que le diera el correo al segundo cargo de la embajada, el asistente de Frank.

Después del desayuno prepararon los caballos para montar y se dispusieron a emprender el largo viaje hasta las estribaciones de las inmensas y lejanas montañas en forma de herradura que se abrían camino, imponentes, a través de Centroeuropa. Los criados habían salido horas antes, en la oscuridad previa al amanecer, con el fin de disponer una merienda campestre para el refrigerio de media mañana. El almuerzo se tomaría en una de las muchas posadas que había en el camino entre Bucarest y las montañas, y la noche la pasarían en la residencia privada de vacaciones del rey Carol I, buen amigo del embajador y también de Inglaterra.

Cuando Frank le dijo a Gertrude que iban a hospedarse en una de las fincas rurales del rey, ella se entusiasmó.

—Qué lástima que no esté él allí —repuso—. He leído muchísimo sobre él. Un hombre interesante, de familia interesante. Confío en tener la oportunidad de asistir a una cena en palacio. Me encantaría oír cómo su mayordomo lo presenta como el príncipe Karl Eitel Friedrich Zephrinus Ludwig de Hohenzollern-Sigmaringen... ¡qué nombre tan kilométrico! Cuando lo pronuncie entero, la fiesta estará medio terminada.

Frank se echó a reír, pero se volvió, sorprendido, al oír sonar la campanilla de la puerta del patio de la embajada. Tranquilizó al caballo, asustado por el inesperado repiqueteo. Un jardinero corrió a la entrada, y cuando empezó a abrirla, vieron a un hombre gigantesco, vestido como un árabe del desierto y montado a horcajadas sobre un caballo de un blanco cegador. Tenía el sol detrás, y a Gertrude le costó distinguir su cara, pues parecía estar envuelto en un halo de luz. Pero cuan-

do el jinete acarició el cuello del caballo para calmar al animal, Gertrude vio que era alto y moreno, de brillante barba negra, con una *kufiya* a cuadros rojos y blancos, un fulgurante *zaub* blanco que le cubría todo el cuerpo y una gran cimitarra colgando de una correa adornada con piedras preciosas, que iba desde el pecho hasta las rodillas.

—Santo Dios, no sabía que estuviera en Bucarest —murmuró Frank en tono crispado—. ¿Qué demonios quiere?

Gertrude miró al árabe solitario, que aguardaba ante la puerta a que el hueco de entrada fuera lo bastante ancho como para que pasaran él y su caballo.

—¿Quién es? —preguntó Gertrude.

Pero Frank no tuvo tiempo de contestar, pues el árabe instó al caballo a entrar en los jardines de la embajada y se dirigió hacia donde los Lascelles y Gertrude estaban a punto de montar para iniciar su viaje. El hombre hizo una inclinación, se besó la mano y luego se la llevó a la frente en señal de respeto.

—Saludos, inglés Lascelles —dijo.

—Y saludos a usted, Abdul-Rahman ibn Faisal ibn Turki ibn Abdalá ibn Muhammad al-Saud, de la gran tribu Saud de los desiertos sin límites —respondió el embajador—. ¿A qué debo el inmenso honor de su visita a mi humilde hogar?

—Vengo a pedir tu consejo y tu sabiduría —contestó el árabe, al tiempo que desmontaba con un solo y ágil movimiento.

A Gertrude le impresionó la aguileña elegancia con que aquel hombre corpulento bajó del animal sin ensillar hasta quedar justo delante de su tío. Una cabeza más alto que Sir Frank, se movía como si formara una unidad con el caballo.

Abdul-Rahman se volvió y se inclinó hacia Mary, saludó con un brusco movimiento de cabeza a Billy y cuando se en-



contró cara a cara con Gertrude se la quedó mirando fijamente. Ella estuvo a punto de tenderle la mano, pero de pronto recordó sus modales e hizo una brevísima reverencia.

—Inglés, pasea conmigo en el jardín —dijo Abdul-Rahman.

—Señor, cualquier otro día habría sido mi mayor deseo y más grande privilegio pasear con usted, pero este día mi familia y yo estamos a punto de ir a caballo a las montañas. Mi sobrina, Gertrude, acaba de llegar a Bucarest y anhelo enseñarle las bellezas de Rumanía. ¿Se puede hablar en otra ocasión de esos grandes asuntos de Estado que ocupan su mente?

El árabe alto inspiró hondo y respondió:

—Quedaría avergonzado por siempre si fuera yo la causa de ningún retraso en tu viaje. Cabalgaré contigo, inglés, y hablaremos en el camino. Son asuntos sobre mi país, que me han robado esos hijos de simios y cerdos que se llaman Rashid. Debo recuperar lo que es mío, pero esto sólo puede lograrse con ayuda de los ingleses y de sus fusiles y cañones.

De repente Gertrude se quedó absorta. Pensaba que iba a montar sin más y a hacer turismo, pero ahora se encontraba envuelta en un conflicto político y estaba fascinada. Había estudiado la historia del Imperio otomano en Oxford como parte del primer año de su licenciatura, y le atraía mucho conocer la visión de alguien de allí. Pero cuando miró a Frank Lascelles, vio que éste respiraba hondo y fruncía la cara, preocupado.

—Por supuesto, Excelencia. Será un honor y un privilegio que nos acompañe, aunque respecto a la ayuda que el Gobierno de Su Majestad pueda brindar, bueno...

En silencio, Frank, Mary, Billy y Gertrude montaron en sus caballos, igual que Abdul-Rahman, y juntos salieron de la embajada británica a las concurridas calles de Bucarest.

Durante la primera media hora cabalgaron sin hablar entre el chocar de cascos en los adoquines y luego por carreteras de grava, hasta que por fin, fuera ya de las murallas de Bucarest, las casas desaparecieron hacia el norte de la ciudad y se encontraron trotando junto a maizales y manzanares. En éstos había muchos tipos de manzanos, más de los que Gertrude había visto nunca, y no plantados en pulcras hileras como un huerto rural inglés, sino con aspecto de crecer de cualquier modo, al azar, sin orden ni concierto y de forma natural. Gertrude se alejó del grupo para meterse en el campo cercano y no tardó en estar cogiendo manzanas de distintos árboles y probando su sabor.

Las manzanas inglesas llegaban a la mesa sólo en un reducido número de variedades. Gertrude comía con frecuencia la camuesa anaranjada de Cox, la Granny Smith y la reineta. Pero aquí las variedades eran muy distintas en color y forma, y la dejaron pasmada los tamaños y sabores de las diferentes manzanas. Unas eran de un rojo vivo y diminutas, poco mayores que una nuez; otras, de un verde intenso, y tan ácidas que resultaban incomedibles, y sin embargo otras eran color malva y dorado, y dulces como la miel. El huerto era un paraíso terrenal por el que iba de árbol en árbol, probando al paso y sintiendo un escalofrío de culpabilidad como si fuera una Eva moderna. De pronto oyó un relincho justo detrás. Abdul-Rahman también había abandonado el grupo y estaba casi a su lado.

—En Arabia un huerto así sería en verdad un paraíso —dijo él.

Ella sonrió y respondió:

—Y en Inglaterra también, Excelencia. Justamente pensaba en el Paraíso terrenal. Dígame, Excelencia, ¿habla su Corán del jardín del Edén y de Adán y Eva?



Él contestó:

—Sí, se menciona a Adán en el Corán, nuestro libro sagrado, que es la palabra de Alá dada a Mahoma, que la paz y las bendiciones sean con Él.

—Qué ingenio el del pueblo que escribió el Antiguo Testamento al inventar a Adán, ¿verdad?

Abdul-Rahman la miró perplejo.

—Como musulmanes, creemos que todos los Libros Sagrados le llegaron al hombre directamente de Alá. El hombre no los inventó. Pero sí que corrompió el Antiguo Libro de los judíos, igual que el Nuevo Libro de los cristianos, de modo que, en Su amor y sabiduría, Alá nos entregó el Corán, que es la palabra de Dios inalterada y perfecta. Desde el día en que Mahoma, que la paz y las bendiciones sean con Él, recibió las palabras del Corán hasta hoy, ni una sola letra se ha cambiado. Es perfecto, como lo es Su mensajero.

Gertrude arrancó una gran manzana de color azul verdoso, que colgaba baja de un árbol junto al que pasaban, y se la dio a Abdul-Rahman. Él la cogió y sonrió.

En tono apacible, ella contestó:

—Pero ni los cristianos ni los judíos estarían de acuerdo con usted. Los judíos creen que Dios les dio su religión en el monte Sinaí a través de Moisés, y que son el pueblo elegido porque les correspondió recibir los diez mandamientos, que son la base de todas las sociedades importantes y civilizadas. Y Jesucristo es un profeta y el hijo de Dios.

»Digo yo que, por lo tanto, se deduce que si Dios dio a los judíos la ley según la cual debe vivir la humanidad, pero a los cristianos les dio a Su único hijo, ésta es una religión mucho más importante que las demás, ¿verdad? No quiero parecer irrespetuosa, Abdul-Rahman, pero Mahoma sólo fue un profeta y un mensajero. A diferencia de Jesús, él no era una



deidad. Y fue un ser muy humano, con esposas y descendientes. Creo que una de sus esposas, Aisha, sólo era una niña de nueve años, algo bastante inaceptable y medieval. No es precisamente lo que se esperaría de un mensajero de Dios, ¿no? De modo que, en buena lógica, el judaísmo y el cristianismo son religiones más perfectas que el islam. ¿No está usted de acuerdo?

Dado que nadie le había hablado jamás de este modo, y menos todavía una muchacha desconocida cuyo rostro y cuerpo veía con claridad, Abdul-Rahman trató de decidir si contestarle o si sacar la espada y ejecutarla allí mismo.

Consciente de que había atraído su atención, Gertrude añadió:

—Y otra cosa que no entiendo sobre el islam, Excelencia, es que la Biblia judía, así como la de los cristianos, se considera la palabra de Dios revelada, pero judíos y cristianos aceptan que se escribió para determinada época y lugar. Por eso a lo largo de los milenios ha habido sabios que la han interpretado para sus sociedades. Mientras el mensaje básico sobre Alá y todo ese cuento no cambie, ¿qué tiene de malo modernizar el Corán y acercarlo a los musulmanes de hoy día? Me refiero a lo de lapidar y amputar la mano derecha y todos esos disparates bárbaros.

Antes de que Abdul-Rahman pudiera hacerla callar, prosiguió:

—Por ejemplo, en el Antiguo Testamento judío el castigo por no guardar el sábadó era la muerte. Pues si eso se cumpliera hoy día, la mitad de los cristianos y de los judíos del mundo moriría lapidada, ¿verdad? No es apropiado para los tiempos modernos, ¿no le parece?

Enfadado, él contestó:

—Corresponde a nuestros dirigentes, a nuestros grandes religiosos, llevar a cabo la tarea y obedecer las palabras de



nuestro Profeta Mahoma, que la paz y las bendiciones sean con él, a quien el propio Alá dio estas palabras. ¿Estás diciendo que los hombres no deberían seguir la palabra de Dios?

Gertrude respondió:

—Es que Tomás de Kempis dijo que un hombre ve los actos, pero que sólo Dios ve los motivos. Al no ser yo divina, sólo puedo juzgar la sociedad de usted por sus actos, como la lapidación de las mujeres que cometen adulterio. Bastante brutal, si quiere saber mi opinión. Aunque a lo mejor Dios entiende las cosas de distinta manera.

Antes de que él pudiera replicar, Frank Lascelles se acercó cabalgando deprisa, como carabina de Gertrude y también porque conocía bien la franqueza de la joven y temía que fuera a decir algo poco correcto. En cuanto vio la cara de Abdul-Rahman, supo que su sobrina se había comportado como era de esperar y que tendría que hacer un rápido limado de asperezas diplomático.

—Tenemos un largo viaje por delante. Tal vez deberíamos continuar —dijo—. Gertrude, por favor, ve con tu tía Mary y con Billy.

—Tu niña, inglés, cree que el islam sólo es la tercera religión más importante, después del cristianismo y el judaísmo, y ha dicho otras cosas que insultan a la Fe. En mi país la enterraríamos hasta el cuello y luego la lapidaríamos. Sus palabras, embajador, son una ofensa para mis oídos —intervino Abdul-Rahman en tono brusco—. Ha faltado al respeto a nuestro Profeta. Hay que corregirla.

—Válgame Dios —repuso el embajador, sabiendo lo que el árabe entendía por «corrección»—. Me temo que Gertrude es un poco más abierta que la mayoría de las demás muchachas. Ha estudiado en Oxford, y habla y piensa como un hombre. Y me temo, Excelencia, que en Inglaterra no es costum-

bre castigar a las personas por sus opiniones. Pero desde luego hablaré con ella sobre su actitud y le pediré que muestre más respeto hacia los esplendores del islam.

Abdul-Rahman meneó la cabeza, asombrado.

—¿La actitud de ella es la misma que la de otros ingleses? —preguntó.

Gertrude estuvo a punto de responder, pero Frank dijo secamente:

—¡Gertrude, vete! Vuelve con Mary y Billy. ¡Ahora mismo!

—Pero...

—¡Vete! ¡Ahora mismo!

Gertrude se alejó, dolida porque Frank no la hubiera apoyado. Creía que él, precisamente, se sumaría al debate.

—Le ruego perdone a mi sobrina, Excelencia. Y, por favor, no piense que es un ejemplo típico de otras muchachas inglesas de su edad. Es muy culta y entendida.

—¿Ha ido a la escuela? Ésa no es la costumbre de las mujeres de mi país. Ninguna mujer debe ser erudita.

—En Inglaterra...

—Tu Chatrude es entendida en libros, pero no sabe nada de la vida —añadió Abdul-Rahman bruscamente—. La castigarás, ¿verdad?

—No. No la castigaré. Le daré un consejo. Si estuviera en Arabia, sabría que no debía decir lo que ha dicho. Pero está bajo mi protección, e Inglaterra no permite que se castigue a nadie, ya sea hombre o mujer, por sus ideas.

Abdul-Rahman cabalgó despacio y en silencio junto a Frank. Luego dijo:

—Ése no es un mundo que yo valore, inglés. Quizá soy impaciente. Nuestros mundos son distintos. Si los árabes tenemos que vivir en tu mundo, debemos aprender cómo hacéis las cosas. Pero ¿aprenderéis a respetarnos si venís a mi mundo?



Con cautela, Frank respondió:

—Excelencia, el islam se respeta en mi país, y aunque ningún inglés rinde culto a Alá, os aseguro que mostramos la actitud más cordial y considerada hacia la fe del Profeta, igual que nuestro imperio respeta la religión de los budistas e hinduistas en la India y a quienes veneran a Confucio en la China. Hemos de aprender a vivir unos con otros en estos tiempos modernos, a respetar las confesiones de los demás, del mismo modo que sus confesiones deben respetar la nuestra.

Miró a Gertrude, que cabalgaba hacia los otros, y frunció el ceño. Se preguntó qué iba a hacer con ella. Sólo rezaba para que no hubiera estropeado las relaciones entre Inglaterra y los árabes.

Abdul-Rahman sonrió y asintió con la cabeza.

—Me parece, inglés, que se causó mucho perjuicio a la Fe del islam cuando los otomanos de Constantinopla vinieron al norte e intentaron conquistar Europa. Tu sobrina demuestra el trabajo que debe hacer el islam para asegurarles a todos que somos una religión tan grande y santa como la de los judíos y los cristianos. Somos una religión de paz y amor, ya no somos belicosos. Hace muchos años nuestra combatividad era como la de los cruzados pero, como dice tu Chatrude, eso tuvo su tiempo y su lugar. Ahora nuestras guerras han de disputarse contra quienes creen en el islam pero son infieles a la auténtica palabra del Profeta.

»Pero entre nosotros éste es un tiempo de paz y comprensión, no un tiempo de guerrear. Mi gente fue importante y volverá a ser importante, aunque por ahora somos criados de los turcos y hemos de vivir en el desierto junto a nuestros oasis, y fumar nuestros narguiles y soñar los sueños de nuestros poetas. Quizá eso es lo que debería contarle yo a la gente como Chatrude inglesa. Ahora creo que mi encuentro contigo lo

pronosticó el Profeta, pues tú y yo hablaremos de asuntos de Estado, mientras que en los días venideros le contaré a Gertrude inglesa la verdad sobre el islam.

Hicieron salir del huerto a los caballos y tomaron de nuevo su ruta, por carreteras llenas de surcos que habían dejado las rodadas de carro. A pesar del peligro de que encontraran serpientes, a las monturas les resultaba más fácil ir por las hierbas y los campos que atravesaban los caminos, y el viaje fue rápido. Mientras cabalgaban, Frank y Abdul-Rahman mantuvieron sus caballos por detrás de los demás y hablaron de la necesidad de que Inglaterra ayudara a la familia Saud a librar la península arábiga de la familia Rashid, que se había establecido en Riad y ahora regía buena parte de la campiña circundante.

Gertrude refrenó el caballo y, con cautela, se rezagó de su tía y su primo para oír de qué hablaban los dos hombres. Por lo visto, aquel Rashid era un antiguo vasallo y criado de los Saud, pero había utilizado las rencillas intestinas de la familia Saud para hacerse más poderoso y había conseguido conquistar una ciudad llamada Riad. Abdul-Rahman había venido a Bucarest en secreto para pedirle a tío Frank que escribiera al primer ministro de Inglaterra y lo convenciera de que mandara un ejército a Arabia con el fin de expulsar a los Rashid y conseguir que los Saud volvieran a sus tierras.

Aquello era de lo más sugerente. Política emocionante y auténtica. Suponía gente de verdad, batallas donde había heridos e incluso muertos. Y, como si de pronto un fogonazo hubiera iluminado el mundo que la rodeaba, Gertrude supo que ésta era la vida para la que había nacido. El mundo de anfitriona de la alta sociedad, casada y madre de familia, que iba a los bailes y al teatro, acaso fuera divertido, pero Gertrude sabía que, a su edad, probablemente quedara fuera de su alcance. Y,



de todas formas, ese estilo de vida palidecía comparado con una inmersión en el realismo de la política, donde las decisiones cambiaban la historia y costaban la vida a innumerables personas.



Tardaron cinco horas más en cabalgar despacio hasta el pabellón de caza del rey Carol, en lo más profundo de las estribaciones de los Cárpatos. Había sitio para todo el mundo, pero Abdul-Rahman preguntó si podía quedarse a pasar la noche durmiendo al raso bajo la brillante cúpula de las estrellas.

Tras la cena Gertrude salió y llegó hasta más allá del cono de luz que salía de las ventanas. Envuelta en las tinieblas, encendió un cigarillo, se tumbó en el suelo y clavó la mirada en la inmensidad del cielo nocturno.

Al notar que alguien se acercaba se quedó quieta, hasta que Abdul-Rahman dijo con suavidad:

—En verdad, los cielos del desierto contienen muchísimas más estrellas de las que hay aquí. Es posible ver el lejano horizonte, incluso en la noche más oscura, a la luz de las estrellas.

—Debe de ser muy hermoso —contestó ella en voz baja.

—El desierto es distintas cosas para personas distintas. Por eso el islam es tan importante para nosotros. Sin sumisión, sin obediencia a aquellos que tienen una sabiduría que sobrepasa con mucho nuestro entendimiento y dictan los decretos, todos moriríamos en el yermo. ¿Ves?, para ti a lo mejor el desierto es hermoso y para mí es mi hogar, pero para otros, para los infieles y los aventureros, es un lugar de muerte. Cuando el sol está en lo más alto y el viento te lanza la arena a los ojos y a



la nariz y te desgarran la carne, cuando el agua más próxima está a tres días de distancia, cuando el calor te quema la piel misma de las manos y la cara, entonces ni siquiera tú, Chatru-de Pell, encontrarías belleza en los desiertos de mi patria.

Ella sonrió al oír cómo pronunciaba su nombre.

—¿Y por qué Su Excelencia sigue viviendo allí?

—Tu hogar está donde naces. Puedes trasladarte muchas veces, pero siempre volverás al lugar donde naciste. Y yo tengo mucho trabajo que hacer para recuperar mi tierra.

—¿Por qué hay tantas disputas entre sus tribus, Excelencia? Su pueblo parece que no hace otra cosa sino pelear. ¿No pueden ustedes aprender a vivir juntos de algún modo? —preguntó ella.

Abdul-Rahman contestó:

—Cada una de nuestras tribus, y hay muchas, desea ser el guía de nuestra nación. Ocupar el lugar de Saladino. Pero salvo por mí y por mis hijos, ya no hay grandes hombres en las tribus árabes. Por eso quiero acabar con los Rashid. Porque cuando ya no estén, yo gobernaré y haré que todos los demás se inclinen ante mi mando. Por eso estoy aquí y por eso hablo con Lascelles inglés.

Gertrude se quedó callada. Estaba deseando proseguir la conversación, pero su tío Frank le había advertido de modo muy claro que no debía hablar con Abdul-Rahman de nada relacionado con la política, si no quería que la expulsaran del país y luego, con toda seguridad, la encarcelaran y decapitaran en la Torre de Londres. Lo que Tío Frank no comprendía era que, como estudiante de Política e Historia, y, ahora, fervientemente interesada por el Imperio otomano, Gertrude ponía estas amenazas a su vida por detrás de su deseo de saber.

—En Inglaterra, Excelencia, antes nuestros reyes luchaban por sus reinos. Pero eso era la antigüedad. Hoy se designa



a nuestros reyes porque son los primogénitos. Nuestros monarcas se convierten en familias reinantes por su linaje, no porque ganen batallas y maten a quienes tienen el poder. Por eso la nuestra es una nación en paz consigo misma.

—Entonces, ¿cómo cambiáis los reyes si un rey es cruel o imbécil? —preguntó él, al tiempo que se acercaba más y se tendía junto a ella.

Gertrude sintió su presencia y el calor de su cuerpo. Era un poco desconcertante, pues tenía edad para ser su padre, aunque le brindaba lo que ella siempre había buscado en hombres mucho más jóvenes: que le hablara como a un adulto inteligente y escuchara sus opiniones.

La pregunta de Abdul-Rahman la había turbado. Después de estudiar a los reyes de la casa de Hannover, y en particular a Jorge III, que estuvo loco durante parte de su reinado, y de enterarse del odio desenfrenado de padre e hijo, no era fácil contestar.

—Confiamos en la sangre de nuestros monarcas. Y desde la época de Carlos I, a quien decapitamos porque era un tirano, hemos conferido el poder a nuestro parlamento en lugar de al rey. Así que aunque le hacemos grandes reverencias a nuestro monarca y lo llamamos «Majestad», sólo es un título. La persona que de verdad tiene el poder en nuestro país es el primer ministro.

—Y si vuestro rey se enfada, ¿puede decapitar al primer ministro?

—Pues... no.

—Pero este Carlos... Lo decapitó vuestro primer ministro, ¿verdad?

—Algo así. Es muy complicado.

Abdul-Rahman se quedó callado unos instantes. Y luego dijo:

—Yo sé que vuestro rey es una reina.

—Sí, la reina Victoria.

—Y su marido muerto, ¿era rey?

—Su esposo, Alberto, no era rey, sino príncipe.

—Un príncipe es el hijo de un rey y una reina. ¿Se casó ella con su hijo?

Gertrude reaccionó sobresaltada.

—No, no se casó con su... —A la luz de la luna, vio que Abdul-Rahman mostraba una amplia sonrisa—. Su Excelencia se burla de mí.

—Eres una mujer lista, Chatrude Pell. Nunca he conocido a una mujer lista. Pero como un hombre, es fácil burlarse de ti. Aprenderás a no ser tan seria.

Ella rompió a reír. A Abdul-Rahman le agradó su risa.

—Sí, sé que soy demasiado seria.

—¿Por qué no eres esposa?

—Porque soy demasiado seria —respondió ella—. Y demasiado culta —añadió como si acabara de ocurrírsele.

—En mi país no permitimos que las niñas estudien. Ellas se casan. Son felices.

—No sé cómo una niña puede ser feliz si no se instruye —replicó Gertrude.

—Si se instruye, su mente se desazonará con lo que ocurre a su alrededor. Sin estudios, obedecerá a su marido porque él lo sabe todo. Por eso nuestras mujeres son felices.

Gertrude recordó el mandamiento de Sir Frank y siguió callada, hasta que Abdul-Rahman preguntó:

—¿Es feliz Victoria gobernando Inglaterra sin su marido?

—Nadie puede decir que Victoria haya sido feliz desde que Alberto murió. Pero usted quiere saber por qué Alberto siguió siendo príncipe cuando se casaron. Fue porque al Par-



lamento no le gustó que un pequeño aristócrata alemán se casara con la reina más grande del mundo, de modo que se negaron a concederle un título. La verdad es que estuvo muy mal.

—Entonces, ¿él no era de la tribu de ella?

—¡No! Alberto era alemán. Tuvieron muchos hijos.

—¿Cómo es que te gobierne una mujer? —preguntó Abdul-Rahman.

—No lo sé, porque nunca me ha gobernado nadie más que una mujer.

De nuevo se produjo un dilatado silencio. Al final, Abdul-Rahman dijo:

—En mi país ninguna mujer sería rey. Las mujeres se quedan en sus casas, y no toman parte en nuestros asuntos. Son los hombres los que gobiernan, en el país y en la familia. Ése es otro motivo por el que nuestras mujeres son felices. Saben cuál es su sitio. Nosotros las cuidamos y, a cambio, ellas nos proporcionan hijos, comida y silencio.

—¿Cómo está usted tan seguro de que son felices?

—Porque lo sé.

—Si yo les mostrara lo que las mujeres hacemos en Inglaterra, cómo trabajamos en las fábricas y desempeñamos los oficios, cómo viajamos a tierras lejanas y participamos en la vida de nuestra nación, ¿cree usted que ellas seguirían siendo felices con la vida que llevan allí?

Abdul-Rahman se echó a reír.

—¿Por qué querrían nuestras mujeres trabajar en las fábricas? He visto fotografías de vuestras fábricas y de vuestros niños pequeños que trabajan a oscuras bajo tierra removiendo suciedad en las minas para enriquecer a los hombres. ¿Esto es lo que quieres para nuestras mujeres y nuestros niños?

—Excelencia —repuso ella—, hay muchas cosas incorrectas en mi país. Pero hay muchas cosas acertadas. Pronto

las mujeres podrán votar. Espero que algún día todas las mujeres tengan estudios para comprender qué es lo que votan. Pero no se puede ocultar a la mitad de la nación obligándola a quedarse en casa para servir a sus hombres. ¿No comprende usted qué tremenda pérdida de productividad supone que la mitad del país no contribuya a su riqueza?

—¿Siempre tienes la lengua tan suelta dando consejos, niña? No has vivido muchos años y, sin embargo, no tienes reparo en hablarme de mi religión y de cómo debería gobernar mis tierras.

—Es fácil aconsejar a otros, Excelencia, aunque yo dudaría mucho antes de seguir mi propio consejo. Veo las circunstancias de los demás con mucha claridad, pero me temo que mi vida es un poco agitada.

Él dio un hondo y prolongado suspiro.

—Ay, Chatrude Pell. Te pareces mucho al torbellino del desierto. Provocas confusión, y se levanta mucha arena y polvo en el aire siempre que hablas, pero al fin desapareces como si nada hubiera ocurrido. Y el desierto vuelve a quedarse como siempre era, y siempre será.

Aunque le dolió su rechazo, ella respondió:

—A veces, Excelencia, hace falta que un fuerte viento se lleve volando el polvo de los siglos y deje al descubierto los tesoros que estaban enterrados.

Abdul-Rahman se rio.

—¿Y eres tú ese viento?

—Quizá.

—Entonces debes cambiarte de sexo, porque ninguna mujer gobernará jamás a los hombres del desierto. Ni siquiera tú, Chatrude Pell.

